

Reflexiones

Por Partiquino



Abil 12/1979

Dislexia

■ DURANTE su infancia, el niño debe afrontar algunos problemas que, a veces, lo marcan para toda la vida. Uno de ellos y el más frecuente es su dificultad para el aprendizaje de leer y escribir. Como leer y escribir se consideran, con razón, instrumentos indispensables para la posterior adquisición de conocimientos, el niño que muestra ineptitud para ello es sometido a diversas presiones traumatizantes, es mirado compasivamente por padres, hermanos y amiguitos y termina por convencer a su familia de que es un porro y, lo que es peor, convencerse él mismo.

Lo que por mucho tiempo pareció simple y pura deficiencia mental ahora tiene un nombre: dislexia, y las técnicas para su corrección están lo suficientemente desarrolladas para que ningún niño tenga que sufrir la humillación de sentirse inferior por su aparente incapacidad para aprender a interpretar los signos que corresponden a la lectura y dibujar los que conciernen a la escritura. Sin embargo, por ignorancia de muchos padres el problema sigue subsistiendo.

La historia de la cultura está repleta de nombres que —ahora tenemos un adjetivo que adjudicarles— eran disléxicos y que, superado su problema, han tenido oportunidad de narrarnos sus angustias y traumas ante su relativa incapacidad. Fueron disléxicos, entre otros el héroe de la Segunda Guerra Mundial, el general Patton, el Presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, y el hombre público que acaba de fallecer, Nelson Rockefeller; y, más curiosamente aún, sufrieron de la misma falta de destreza para aprender a leer y a escribir, escritores tales como Flaubert, Yeats y Hans Christian Andersen, el fabuloso creador de cuentos infantiles quien, ya anciano, no sabía de recordar lo que él llamaba

“esos tormentos de mi juventud”, que le significó su dislexia.

Sin embargo, hay millares de otros seres —y tal vez millones de ellos— que nunca supieron que su torpeza era remediable y que se constituyeron en “ovejas negras” de familias acomodadas o delincuentes y miembros de los bajos fondos, entre los menos favorecidos por la fortuna. De ellos, tenemos un ejemplo: el de Lee Harvey Oswald, el asesino del Presidente Kennedy. Tal vez si su dislexia hubiese sido corregida oportunamente hubiese cambiado el curso de la historia contemporánea.

Una psiquiatra que se ha preocupado del problema ha escrito recientemente en un estudio sobre el niño disléxico: “Hoy día, identificar a un niño que sufre de dislexia es una tarea fácil y que debe hacerse en los primeros años de su vida. Estos niños deben ser sometidos a exámenes antes de que inicien su proceso escolar. Estos exámenes no son ni costosos ni requieren ser hechos por personas con un alto grado de especialización. Una vez identificado, el niño disléxico debe ser sometido al correspondiente entrenamiento. Con el conocimiento que ahora se tiene acerca del proceso de la lectura, no existe excusa alguna para permitir a un niño fracasar en el colegio y, posiblemente, en toda su vida, a causa de la dislexia”.

Como la dislexia no es una enfermedad propiamente hablando, no da fiebre, no presenta síntomas espectaculares, muchos padres se descuidan y terminan por aceptar que la dificultad de sus pequeños hijos para aprender a leer y a escribir es una deficiencia pasajera o fruto de un bajo coeficiente intelectual. Y con esa desaprensión puede marcar de fracaso toda la vida de su hijo.

Atención, pues. Esa falta de destreza ahora tiene un nombre y es de fácil superación: dislexia.